

RABÍ HILEL y los orígenes del Talmud

-Teresa Guardans-



*Trabajó durante cuarenta años,
estudió cuarenta años
y enseñó cuarenta años...*

Es lo que se dice de rabí Hilel, uno de los más grandes sabios del pueblo judío. Sus palabras no han dejado de ser estudiadas desde hace más de 2.000 años.

Hilel nació en Babilonia en el seno de una familia humilde en el siglo I a. de C. Como cualquier otro joven judío de su tiempo, había estudiado las sagradas Escrituras. A los trece años ya se las sabía perfectamente: había llegado para él el momento de celebrar la *Bar Mitsvá*, que lo convertiría en “hijo de la Ley”. A partir de aquel día sería un adulto con todas las responsabilidades, los derechos

y los deberes de los adultos. Hoy en día, también las jóvenes celebran su mayoría de edad: es la *Bat Mitsvá*, que quiere decir “hija de la Ley”.

El día de su mayoría de edad, Hilel se cubrió por primera vez con el *talit* –el manto de oración-, tal y como hacían los mayores; se había atado los *tefilín*¹ con todo el cuidado: uno en la frente, el otro en el brazo izquierdo en dirección al corazón. Cuando llegó el momento de la lectura, fue conducido hasta el púlpito y desplegaron ante él el rollo de la Torá. Reinaba un silencio absoluto. Toda la asamblea se mantenía expectante. Hilel respiró hondo, como si quisiera llenar sus pulmones de ánimos y, finalmente, comenzó a leer. Las primeras palabras las pronunció con voz algo

¹ Dos cajitas con correas para poderlas fijar sobre la frente y el brazo (al lado del corazón), que guardan unos pequeños pergaminos con la profesión de fe escrita.

temblorosa, pero enseguida adquirió seguridad y avanzó con firmeza a lo largo del texto. Leyó muy bien. Atrás quedaba la infancia. Ya era un hombre.

Eso era lo que todos le decían: que ya era mayor. Mayor para decidir y para opinar. A los trece años, con sus conocimientos de las Escrituras, se suponía que sabía lo necesario para hacer lo apropiado en cada ocasión. Porque para eso servían los Libros de la Torá: para guiar la actuación correcta. Sin embargo, Hilel no lo veía tan claro. Es cierto que había aprendido las Escrituras, pero las Escrituras se referían a hechos muy antiguos acontecidos lejos de Babilonia; costaba ver qué relación tenía todo aquello con lo que sucedía a su alrededor.

Había aprendido que Dios había creado el mundo en seis días y que el séptimo descansó, muy satisfecho de lo que había hecho; que Abraham había guiado a su pueblo hasta las tierras de Canaan, y les había hablado de la existencia de un solo Dios, un Dios que desea que todo sea tratado con respeto y cuidado. Porque Abraham había pactado con Dios, o tal vez era Dios el que se había aliado con Abraham: “Yo he sido el creador, a vosotros corresponde hacer reinar la prosperidad; Yo os protejo a vosotros, vosotros protegéis y conserváis lo que Yo he creado”. Parecía un buen pacto, pero, claro, ¡faltaba escribir la letra pequeña, la del día a día! Pasaron los años y llegó un tiempo en que las doce tribus de biznietos de Abraham tuvieron que buscar refugio en Egipto huyendo del hambre. Allí vivieron cuatrocientos años esclavizados, hasta que Moisés pudo rescatarlos y los volvió a conducir a Canaan.

En las Escrituras, Hilel había aprendido muchas cosas. Y de Moisés no digamos: de los cuarenta años en los que guió a su pueblo por el desierto, de la sabiduría que recibió en el Sinaí, de cómo bajó de la montaña con los mandamientos, con todas las orientaciones acerca de cómo debían comportarse... Las aves sabían en qué dirección debían volar, el zorro dónde cavar su guarida, cada animal sabía cómo tenía que vivir. Las estrellas del cielo, el Sol y la Luna..., cada astro, cada ser, sabía cuál era su lugar, qué debía hacer. Pero ¿y los seres humanos? ¿Cuántas generaciones habían visto la luz del sol desde los tiempos de Abraham? Había que renovar la antigua alianza, volver a pensar en qué consistía, cuáles eran los derechos, cuáles los deberes... ¿Cómo debían hacer los seres humanos para vivir realmente como tales?

Moisés subió al Sinaí con esta pregunta y pasó muchos días en la cima de la montaña. Cuando bajó de nuevo con los suyos, la sabiduría le acompañaba. Llevaba grabadas sobre piedra las diez normas básicas, constitucionales, y fue explicando punto por punto cómo vivir rectamente y prosperar, en paz y felices, manteniendo el pacto de alianza con Dios, el Poder del universo.

Pero los tiempos de Moisés quedaban tan lejos... ¡Habían transcurrido más de 1200 años! Después de tanto tiempo no siempre era fácil interpretar el sentido de lo que había dicho Moisés. O por lo menos, eso pensaba Hilel.

LOS LIBROS DE LA TORÁ

Lo que dijo e hizo Moisés, los acontecimientos de ese período, quedó recogido en cuatro libros que, juntos, es lo que se denomina **Torá**, que quiere decir ‘doctrina’. La Torá incluye, además, otro libro introductorio. Es el libro del Génesis, el libro de los orígenes, en el que encontramos el poema de la Creación del mundo, la narración del Arca de Noé, la de Abraham, sus hijos y sus nietos... todos los relatos anteriores al período del asentamiento en Egipto.

A la hora de buscar la verdad e interpretar la alianza los cinco libros de la Torá constituían el fundamento, indudablemente. Pero no había que olvidar, tampoco, las palabras de los sabios que, después de Moisés, habían hablado en nombre de Dios: los profetas. Su sabiduría les había movido a

levantar la voz contra los gobernantes, reyes y sacerdotes, porque éstos parecían haber olvidado que Moisés anteponía la justicia y el amor a cualquier otra cuestión. Este grupo de libros se conoce con el nombre de Profetas, o **Nebim** en hebreo.

Finalmente, el conjunto de otros escritos importantes de los tiempos antiguos, como los Salmos o el libro de Rut, reciben el nombre de **Ketubim**, que quiere decir ‘escritos’.

Y ¿cómo nombrar, de una forma breve, a “todos los libros antiguos e importantes”? Fácil: **T** de Torá, **N** de Nebim y **K** de Ketubim....: **TaNaK**. Así de sencillo.

¿TaNaK y Biblia son lo mismo? No exactamente. Biblia es la palabra griega para decir “libros”, un libro que agrupa libros. La Biblia tiene dos partes. La primera es la que contiene los libros del TaNaK. Los cristianos

llaman a esa parte Antiguo Testamento. La segunda parte recibe el nombre de Nuevo Testamento e incluye los libros que hablan de Jesús y de sus discípulos.



“Moisés dijo que era necesario dejar la tierra sin labrar un año de cada siete, pongamos por caso –pensaba Hilel-. Muy bien, pero mi padre no tiene tierras para labrar. Mi padre trabaja aquí o allá, ayuda a algún agricultor, carga y descarga mercancías... Entonces, como él no tiene tierras, ¿no necesita tener en cuenta aquello de *un año de cada siete*, ¿verdad? Tal vez debería realizar algo que se le pareciera. Y en un caso así ¿dónde está el parecido? ¿qué quiere decir “parecer”?” –Hilel no dejaba de darle vueltas-. Todo dependía del motivo por el cual Moisés recomendaba una cosa y no otra. ¿Cuál sería el sentido de aquel consejo: *un año de cada siete dejar de labrar la tierra?*” Eso era lo que preocupaba a Hilel: ¡el sentido!.

Hilel se planteaba continuamente reflexiones de este estilo. ¡Moisés quedaba lejos! ¡1.200 años dan para mucho! Ya instalados en tierras de Canaan, el pueblo había elegido a sus reyes; el rey Salomón había construido un gran Templo en Jerusalén; los profetas habían amonestado a los reyes y a los sacerdotes del Templo porque acumulaban muchas riquezas, en lugar de repartirlas siguiendo los consejos de Moisés, los ejércitos de Nabucodonosor habían destruido el Templo y la ciudad, y muchas familias habían sido deportadas hacia Babilonia. Cuando el rey Ciro se lo permitió, muchos regresaron a sus hogares pero otros, como la familia de Hilel, permanecían en Babilonia...

Y ahora, lejos de las tierras de Canaan y de Jerusalén, Hilel no dejaba de preguntarse qué era lo que realmente importaba de entre todo lo que había enseñado Moisés. Algo no iba bien cuando resulta que los romanos eran los gobernantes de las tierras de Israel; cuando había tanta gente sobreviviendo en condiciones muy difíciles. Romanos y griegos ocupaban el territorio y tenían muchos más recursos que los judíos, ¿con quién habían pactado ellos?

“¿Es Adonai, el Señor, quien se olvida de sus promesas o somos nosotros los que fallamos al cumplir nuestra parte del pacto?” Hilel no lo veía claro. Había preguntado a su padre y también al rabí. Le insistían en que debía recordar siempre la Escritura: recordar, creer y obedecer. Hilel seguía sin comprender.

SHEMÁ ISRAEL

Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad... Escucha Israel, el Señor es tu Dios, el Señor es Uno...

Le amarás con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Grabarás estas palabras en tu memoria, las enseñarás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y cuando te levantes, no dejarás de recordarlas. Con ellas ceñirás tu brazo, como un recordatorio ante tus ojos, serán una señal en vuestras puertas...

"Escucha, Israel...", estas palabras abren la profesión de fe del pueblo judío. La proclamación de la unicidad absoluta "de Aquél que Es"; la decisión de amarle, buscarle y entregarse a Él por entero, se repite al amanecer, al atardecer y en cualquier otro momento importante, como una brújula que orienta el corazón y la actividad de los hijos e hijas de Israel. El texto completo está formado por tres fragmentos de la Torá: Deuteronomio 6, 4-9, 11, 13-21 y Números 15, 37-41.

Shemá Israel, Adonai Eloheinu, Adonai Ejad... "Escucha, Israel, el Señor es tu Dios, el Señor es Uno. Le amarás con todo tu corazón..." Si todo fuera tan fácil como guardar las palabras en una cajita... Hilel las tenía bien grabadas, sin duda, ¡tan grabadas como su propio nombre! Pero todas aquellas palabras, ¿las había entendido? Hilel pensaba que no, que no lo suficiente... ¿Cómo podía amar con todo su corazón y con todas sus fuerzas aquello que no había visto nunca? ¿Cómo era eso posible? Otras

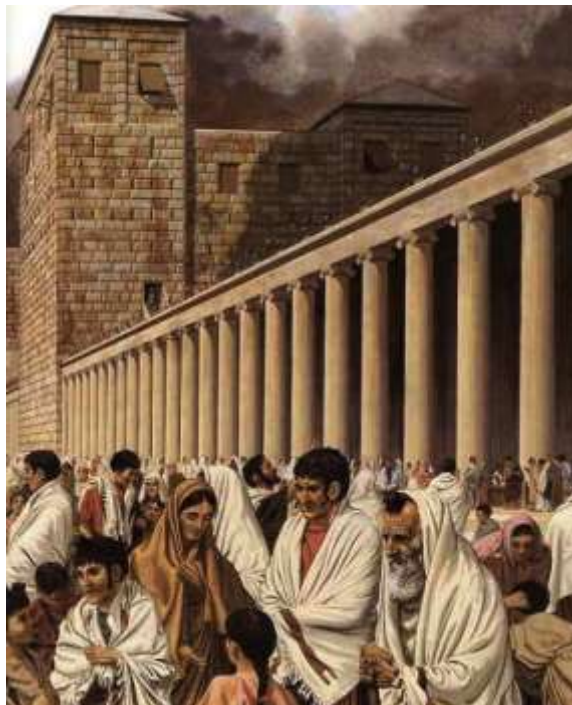
acciones eran más sencillas. “No idolatréis”, por ejemplo; u “honrad a vuestros padres”, o “no deseéis aquello que pertenece a los demás”, o “el sábado, en lugar de trabajar, reflexionad, orad y descansad”... Todas estas indicaciones se podían entender, pero “querer con todo el corazón y con todas las fuerzas”... ¡Eso ya era harina de otro costal!

Hilel se había hecho la ilusión de que el día de Bar Mitsvá se le revelarían todos los secretos. Imaginaba que al hacerse mayor, de pronto se le aclararía todo, de la misma manera que después de la noche se levanta el día. Pero no fue exactamente así. Transcurrió aquel gran día, y nada: ¡todavía tenía más preguntas que antes! De una cosa sí estaba seguro: no pensaba conformarse con repetir lo que los otros hacían o decían. ¿Verdad que ya tenía trece años? ¿No es cierto que podía asumir derechos y deberes? Pues lo haría. Moisés había proclamado: “¿Sabes lo que se te pide? Que lo ames y busques sus caminos para poderlo seguir”(Dt. 10, 12). Pues eso es lo que haría: buscar. Lo había decidido. Desde el fondo de su corazón.

Buscar la verdad para poderse guiar por ella. Iría a estudiar a Jerusalén, donde estaban las academias de los sabios de las Escrituras. Estaba decidido.

Su padre no se opuso, pero le avisó que para estudiar en las academias de Jerusalén se necesitaba mucho dinero. No era como ir a la escuela de la Sinagoga. Allí sólo iban los hijos de familias pudientes, vestidos elegantemente y con dinero para pagar a los profesores. Y eso su padre no podría proporcionárselo.

Pero las dificultades no le detuvieron. Su decisión era firme. Se despidió de los suyos y emprendió el largo viaje hasta Jerusalén uniéndose a una caravana al servicio de un rico comerciante. Cuando finalmente subieron a la Ciudad, quedó sobrecogido por el espectáculo: el Templo, imponente, con sus centenares de sacerdotes, arriba y abajo a todas horas, los cantores, los guardias, aquella cantidad de vendedores en la explanada, la gente cargada con corderos para los sacrificios, los grupos de estudiantes ocupados en discusiones ininteligibles, gente por todas partes... y todos ellos... haciendo como quien no ve la fanfarronería de los destacamentos de soldados de Roma. ¡Como si uno pudiera ignorar su presencia!



Hilel no tardó en comprobar que su padre sabía lo que decía. Sin dinero no había estudios. La escuela sólo se abría para los que habían pagado. Pero acercarse a la puerta costaba menos: un par de monedas para comprar el permiso del

portero. De esta forma –bien pegado a la puerta- pudo seguir las lecciones de los rabíes Semayah y Abtalyon, los maestros más reputados del momento. Todo esto ocurría sobre el año 3700.²

Hasta que un día -¡ay!- no encontró trabajo para poder pagar al portero. Éste no le dejó acercarse a la puerta, para que no se lo tomara por costumbre... Hilel, que nunca se daba por vencido, subió al tejado colocándose junto al orificio de la ventilación. Desde allí siguió los debates de Semayah y Abtalyon con los estudiantes. Era la víspera de un Sabat del mes de Tevet, en los días más fríos del invierno. A la mañana siguiente muy temprano, cuando Semayah y Abtalyon se levantaron, notaron que no entraba luz por el orificio de la ventilación, ni tampoco corría el aire.

- Es extraño que la nieve lo haya bloqueado. No suele ocurrir. Tendremos que subir al tejado a ver qué pasa –comentaron.

Y así lo hicieron. En el tejado encontraron un extraño bulto de nieve. Con ayuda del portero, empezaron a retirarlo. No se deshacía. Pesaba, costaba de mover más de lo que habían supuesto. ¿Qué había allí? Pues, podéis imaginar, ni más ni menos que Hilel; helado, por cierto. Los rabíes no salían de su asombro. Bajaron al chico como pudieron y lo metieron en casa. El portero, compungido, les explicó lo que hacía Hilel para no perderse los debates ni un solo día.

- Creo que este joven se merece que trabajemos en Sabat –sentenció Semayah.

Le aplicaron friegas con aceite hasta que volvió en sí; le abrigaron y le alimentaron. Y desde entonces ya nunca más tuvo que quedarse fuera.

En la escuela se aprendía reflexionando sobre las Escrituras, escuchando y participando en los debates. Maestros y alumnos se interrogaban los unos a los otros: ése era el método. A partir de las situaciones más diversas, y siempre teniendo en cuenta todo lo que habían aprendido, se cuestionaban sobre cómo aplicarlo en casos concretos. Pronto los compañeros de Hilel dejaron de bromear sobre su aspecto: sus ropa podía ser un desastre, pero con sus respuestas los dejaba mudos a todos. Se ganó el respeto a pulso. Algunos años más tarde, se había extendido la fama de su sabiduría. Eran muchos los que le pedían consejo; incluso llegó a ser nombrado *nasí*, jefe de la asamblea, jefe del Sanedrín.

¿Qué es lo que le hacía especial? En tiempos de Hilel la mayoría de los que querían complacer a Dios o, mejor dicho, la mayoría de los que decían que querían complacer a Dios, o bien estaban muy ocupados con el culto del Templo sacrificando animales, o bien estaban pendientes de una larguísima lista de preceptos que decían habían sido ordenados por Moisés. No es que fueran órdenes directas de Moisés, pero sí requerimientos o preceptos que podían deducirse de la aplicación de los consejos que se remontaban a los días de Moisés.

En resumen, para la mayoría lo que contaba era el culto en el Templo. O las normas. O las dos cosas. Pero no para Hilel.

Hilel estaba convencido de que lo más importante era entender la intención; comprender cuál era la intención de una indicación y buscar la mejor manera de mantenerla viva en las nuevas circunstancias. Ni un solo día había dejado de preguntarse cómo conseguir aquello de “amar con todo el corazón y con todas las

² El calendario judío sitúa el inicio de los tiempos, el año 1, 3.761 años antes de nuestra era. Hilel estudiaba en Jerusalén hacia los años 60-40 a. de C.

fuerzas". Y había llegado a sus propias conclusiones. ¿Cómo se pueden enlazar "amar" y las "normas"? De ninguna manera. Amar no se puede imponer, amar escapa a cualquier norma. "Con todo el corazón, con todo el espíritu y, con todas las fuerzas"... ¡casi nada! Pero si de algo estaba seguro Hilel es de que Moisés no engañaba: alguna manera habría de realizarlo. Lo que le llevó a la siguiente conclusión: el reto era tomar todas las indicaciones como ayudas para la indagación; no como imposiciones, sino como medios para amar. La Torá era eso: consejos, pistas, indicaciones, caminos... al servicio de lo que de verdad importaba. "Con todo tu corazón, con todas tus fuerzas"...

¿Qué hacía Hilel? Delante de cada interrogante, antes de empezar a buscar argumentos en favor de una idea o de la contraria, antes que nada, lo primero era oír desde el corazón, atender con el corazón. Procuraba entender el sentido profundo de cada historia del pasado, de cada texto, seguro de que de una manera u otra hablaban de amar, aunque en un primer momento no fuera tan evidente... Y por lo que parece, aprendió a hacer lo mismo con las personas: no juzgaba por lo que veía en la superficie, sino que siempre buscaba la manera de poder leer en la profundidad de los corazones antes de aconsejar nada. Por eso sus palabras eran libres, llenas de sabiduría y la gente recorría largas distancias para pedirle consejo.

Se le atribuyen reflexiones como éstas:

Cuantas más opiniones haya, mejor será la comprensión. Cuanto más amor haya, más paz.

No juzgues lo que haga otro hasta que no te encuentres en la misma situación.

Quien no aumenta su saber, lo destruye.

O también:

No seas de los que piensan: "cuando tenga un momento ya estudiaré", porque si no lo buscas, no encontrarás nunca ese momento.

Si no ahora, ¿cuándo?

Quien utiliza el poder en su propio beneficio malgasta su vida.

Cuenta la tradición que, un día, un gentil –es decir, un no judío- se acercó al maestro Shamay y le dijo: "Rabí, yo me haría judío si vuestras Escrituras no fueran tan largas y complicadas, si me las pudierais explicar de una manera simple; si me las pudierais explicar, por ejemplo, mientras me mantengo sobre un solo pie". Shamay, ante lo que le pareció una falta de respeto hacia las Sagradas Escrituras-, lo expulsó de allí a patadas. Dicen que entonces fue en busca de Hilel para pedirle lo mismo. Hilel, sin perder la calma, lo miró y respondió: "No creas, no es tan complicado. Es sencillo. De la primera letra a la última, las Escrituras proclaman una sola cosa: 'no hagas a los demás lo que no quieras para ti'. El resto sólo son comentarios a esta verdad. Corre, ponte a estudiar".

Las enseñanzas del Paciente Hilel o del Viejo Hilel –como a menudo se le llama con respeto-, y sus debates con el severo Shamay pasaron de boca en boca, se transmitieron de generación en generación.

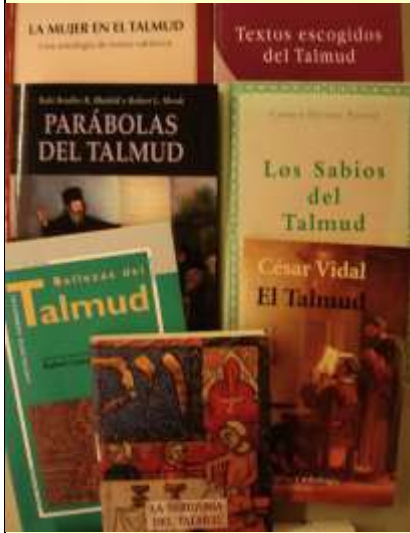
En aquellos tiempos, las dificultades políticas no hicieron más que aumentar. Las familias judías eran habitantes de segunda (o de última) categoría en su propia

tierra. ¿Debían aceptarlo? ¿Tenían que luchar contra el invasor? Muchos optaron por las armas. El enfrentamiento con el poder romano y entre los mismos judíos que mantenían entre ellos opciones diferentes, era cada vez más violento. Cada revuelta iba seguida de la represión correspondiente: crucifixiones, castigos, sangre y más sangre. La contienda más devastadora fue en el año 70 (del calendario cristiano): la población judía fue expulsada de Jerusalén, la ciudad quedó arrasada y el Templo, aquel Templo tan imponente, totalmente derruido. Sólo un muro quedó en pie: el que hoy conocemos como el Muro de las Lamentaciones.

Unos ciento cincuenta años después de Hilel y Shamay, el ejército romano expulsó a los judíos de Jerusalén. Corría el año 135. Los maestros, desperdigados, lejos de Jerusalén y de sus escuelas, preocupados porque no fueran olvidadas las enseñanzas del pasado, escribieron las reflexiones de Hilel, de Shamay y de muchos otros estudiosos: rabí Zakkay, rabí Gamaliel, Eliécer, Josué... y muchos otros. El compendio de todo ello fue la **Mishná** ("enseñanza" en hebreo), el libro que recoge aquello que hasta entonces había sido transmitido de forma oral. Quedó concluido a finales del siglo III.

Como los debates y las reflexiones no se detuvieron (muy especialmente en Babilonia, donde se abrieron nuevos centros de estudio), doscientos años después de la redacción de la **Mishná** ya volvía a haber un nuevo cúmulo de enseñanzas. Bien agrupadas y ordenadas, relacionándolas con los apartados de la **Mishná** a los que hacían referencia, todo aquel saber (juntamente con la **Mishná**) dio lugar a la obra denominada **Talmud**, que significa 'estudio'.

EL TALMUD



Es la obra que reúne los pensamientos y las palabras de los maestros en relación a la Torá y a los otros libros del TaNaK: ejemplos, reflexiones y consejos sobre cómo orientar la existencia, a partir de las Escrituras. Un conjunto que completa el primer núcleo de enseñanzas, agrupadas en la Mishná, y ahonda en él. Ofrece numerosos ejemplos e historias de la vida de los antiguos maestros. El Talmud es una obra extensa, algo así como una enciclopedia de varios volúmenes. En las librerías se encuentran fácilmente ediciones reducidas: selecciones, antologías, en un solo volumen.

Desde entonces y hasta nuestros días, generación tras generación, la reflexión sobre las Escrituras no se ha detenido nunca. ¿Cómo podría detenerse si todo está siempre en continua evolución? ¿Hay alguna persona que pueda repetir la vida de otra sin tener que pensar y decidir por ella misma?

¿Para qué buscar? El maestro Hilel lo tenía bien claro: “cuanto más se comprende, más se ama; cuanto más se ama más se comprende”, decía.

LA SABIDURÍA

*¿Quién puede pensar que ya lo sabe todo?
¿Hay alguien que haya visto en la profundidad
de todos los misterios para que ya no sea necesario
buscar con Sabiduría?
Abrid los ojos a tantas maravillas
¡No os canséis nunca de alabar!
(Eclesiástico 43, 3)*

*Siendo joven aún, antes de ir por el mundo, me di a buscar abiertamente la
sabiduría, y hasta mi último día la andaré buscando.
Grandes han sido mis ganancias.
Mi pie avanzó en derecha, desde mi juventud he seguido sus huellas.
Mis entrañas se conmovieron por buscarla
y por ella he obtenido un corazón desde el principio. ¡Qué grande es mi
adquisición!
La Sabiduría está al alcance de todo aquel que desee buscarla, ya que no se
consigue con dinero.
Está muy cerca para encontrarla.
Para el corazón que se le acerca, desprende su perfume como una flor.
Desde que sentí su perfume, he seguido su rastro.
Se inclina mi oído con atención y no me faltan las respuestas verdaderas.
Decidí ponerla en práctica ocupándome del bien.
¡Compartidla como si fuera una gran suma de dinero
pues es mucho lo que se adquiere con ella!*

(A partir de Eclesiástico 51, 13-30)

PARA SABER ALGO MÁS ACERCA DEL JUDAÍSMO

El término “judaísmo” se refiere a una de las tribus de los descendientes de Abraham, de Isaac y de Jacob, una tribu poderosa: la tribu de Judá y, por extensión, a la forma de vivir y de pensar de todo un pueblo. Pueblo que también recibe el nombre de “pueblo de Israel”: Israel era el sobrenombre de Jacob, el padre de los doce jefes de las doce tribus. Sin embargo, entre los descendientes de aquellas antiguas tribus no hay una sola manera de vivir y de pensar sino muchas. Podríamos decir que el judaísmo abarca muchos judaísmos.

Un aspecto nuclear sería el hecho de orientar la vida bajo la inspiración del amor a la justicia tan propio del espíritu de Moisés. En cambio, ¿dijo Moisés algo de la vida después de la muerte? No. Por tanto, entre los judíos habrá opiniones muy variadas respecto a la vida después de la muerte. La Torá recoge palabras sobre esta vida, sobre cómo vivir en justicia y armónicamente con la Tierra, con el universo, con todas las personas, con todos los seres; propuestas que reciben más de una interpretación. Las diferentes maneras de llevarlas a la práctica dan lugar a una diversidad de formas de vivir el judaísmo, tanto en la antigüedad como hoy en día.

ORTODOXOS, REFORMADORES Y LAICOS

Simplificando, podríamos reunir estos diferentes “judaísmos” en dos grandes grupos. Uno sería el de las corrientes **ortodoxas** (palabra de origen griego que significa ‘recta opinión’), que piensan que la mejor manera de seguir la tradición es guiarse por el criterio de no modificar, de mantenerse en lo posible fieles a las formas. Las corrientes **reformadoras**, sin embargo, defienden que la mejor manera de mantenerse fiel al espíritu de la tradición es promoviendo cambios en las antiguas costumbres, adaptando el espíritu a los tiempos.

Dentro de cada grupo encontramos muchas variantes que dan vida a comunidades muy diferentes; porque, tanto si se quiere cambiar como si no, es inevitable tener que buscar formas de adaptación acordes con la perspectiva de cada uno y su interpretación. Porque Moisés... no dijo nada de la informática, ni de Internet, ni de los coches, ni de la electricidad, ni de los programas espaciales, ni de la energía atómica, ni de la energía solar, ni de los alimentos transgénicos, ni del efecto invernadero ni de la globalización, ni acerca de cantidad de temas para los que no hay opciones preestablecidas.

Por otra parte, desde hace ya más de doscientos años, no son pocos los que piensan que para ser judío no es necesario creer en el Dios de Abraham. Según esta opción, lo que cuenta es el esfuerzo por expandir unas formas de vida justas, unos sistemas más equilibrados socialmente y más armónicos respecto al conjunto de sistemas del planeta Tierra. En los inicios de los movimientos socialistas y de los movimientos ecologistas –y no solo en los inicios, por supuesto-, encontramos muchas personas de origen judío.

Tres mil años antes de las cumbres climáticas internacionales, "la doctrina de Moisés" se preocupaba por el descanso de la Tierra, subrayaba la atención a todos los seres y a todos los sistemas planetarios como fundamento de una vida justa y feliz. Es, como mínimo, sorprendente. Ser hondamente humano –podría interpretarse– es pactar con el misterio de la vida, con la existencia, y anteponer su bienestar a los deseos personales... Para algunos ésta puede ser una nueva interpretación de la alianza.

LAS TABLAS DE LA LEY

Dice la tradición que Moisés, en el Sinaí, grabó sobre dos piedras un resumen con diez puntos, formulados más o menos así:



- Él, Dios, el que Es, es el Único. No hay que adorar a ningún otro Dios, ni reproducir imágenes para ser adoradas.
- No jurar en falso, es decir, no usar el nombre de Dios en vano.
- Santificar el sábado.
- Honrar a los padres.
- No matar.
- No realizar actos impuros.
- No robar, ni raptar; no coger nada que sea de otro, ni siquiera desearlo.
- No mentir.
- Usar la mente para pensar cómo imponer el bien y no el mal.
- Usar el corazón para desear el bien de todos.

Las escrituras explican que construyeron un arca de madera cubierta de oro decorada con dos figuras de ángeles, para proteger las losas con los **diez mandamientos** grabados. Recibió el nombre de Arca del pacto o **Arca de la Alianza** y la trasladaban con ellos. Cuando acampaban unos días, la colocaban dentro de una gran tienda. La tienda se convertía en el punto de reunión y por ello recibía el nombre de **Tienda de la Reunión**.

EL SABAT

Hay uno de estos diez preceptos que ahora puede parecer lo más normal del mundo, pero que en aquellos tiempos debía sonar muy extraño: de cada siete días, uno sería un día especial, un día "santo". ¿Qué haría alguien hoy si deseara que un día fuera "santo"?

En aquel momento, la opción fue que en lugar de trabajar todos los días, seis días servirían para cuidar el ganado y para todos los trabajos necesarios, y el séptimo (séptimo se dice *sábat* en hebreo) para descansar, gozar, reflexionar, agradecer y alabar a Aquel que todo lo había hecho; para leer y aprender las historias de los tiempos antiguos...

Un día de fiesta hoy no sorprende mucho, porque todo el mundo tiene un día de fiesta a la semana, como mínimo. Pero antes no era así. Los que vivían del trabajo de otros quizás sí que podían descansar cuando quisieran (isi es que trabajaban alguna vez!), pero la inmensa mayoría trabajaba todo el año, todos los días de la semana.

Un día sin andar en pos de beneficios... Moisés insistió en ello y no resulta difícil interpretar por qué. Si en un grupo todos y cada uno dedicaran periódicamente un día a quehaceres aparentemente poco útiles, a esas ocupaciones que nos hacen sentir "más humanos", y si además algunas de estas actividades se llevaran a cabo de forma compartida, conjuntamente..., ¿no contribuiría eso a que los otros seis días fueran diferentes? De alguna manera, una práctica así transformaría las relaciones, la manera de tratar el entorno, transformaría la vida, en suma.

Y si la cuestión del "día santo" ya era una novedad, más lo debió ser todavía el que fuera un derecho para todos; no sólo para los ricos, para las autoridades, para los hombres..., sino para todos: mujeres y hombres, niños y niñas, sirvientes y jefes, inmigrantes...; todos, incluso los animales que había en las casas (bueyes, mulas, asnos...). Todos los seres tenían derecho a gozar de aquella posibilidad.

"Sí, pero mi esposa me ha de preparar la comida", debió de quejarse más de uno. "Sí, pero antes los siervos han de ir a por agua, atender los rebaños, trabajar en esto o en lo otro, en todo caso si les queda tiempo..." Seguro que muchos hombres protestaban con argumentos de este estilo. Pero Moisés lo tenía muy claro: todos. Así, para que no hubiera excusas, la comida estaría preparada antes de la puesta de sol, todo listo para que todo el mundo pudiera disponer de un tiempo que sería fuente de paz y felicidad profunda. Ni trabajar, ni producir. Las ocupaciones podían esperar.

Seis días trabajarás y harás todas tus tareas, pero el día séptimo es día de descanso y será para tu Dios. No trabajarás ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni los forasteros que habitan en la ciudad; de modo que todos puedan descansar, como tú, también tu siervo y tu sierva.

(Deuteronomio –o Deborim, en hebreo- 5, 14)

El espíritu del Sabat, ese ir más allá del beneficio personal, se extiende y se aplica a distintos niveles de la existencia. Un ejemplo: cada siete años, el olvido de las deudas, el perdón.

Cada siete años perdonad todas las deudas, no reclaméis nada a nadie. Todo aquel que haya prestado a su prójimo, le perdonará la deuda. Si hay algún pobre entre vosotros, no endurecerás tu corazón ni cerrarás la mano. Ciertamente nunca faltarán pobres, por esto te doy este mandamiento: "abre tu mano al hermano, a aquel que es indigente y pobre en tu tierra".

(Deuteronomio 15, 7-11)

LA CELEBRACIÓN DEL SABAT



Para el pueblo de Israel los días comienzan cuando el sol se pone y duran hasta el siguiente ocaso. O sea que el Sabat comienza con la puesta de sol de la tarde del viernes y acaba con la puesta de sol de la tarde del sábado.

En la sinagoga se da la bienvenida al Sabat con cantos y oraciones en una celebración llamada *Kabalat Sabbat* (recepción del Sabat), en la que se recibe el Sabat como quien recibe y agradece un regalo. En casa, la madre bendice las velas como anuncio de la llegada del Sabat. La cena no es como la de los otros días. Es una cena medio ritual y medio celebración. En realidad, es ambas cosas a la vez. Comienza con el *kiddush*, la bendición del vino que realiza el padre o quien presida la mesa (en una copa especial, ricamente adornada) y la partición del pan; a lo largo de la cena hay cantos y plegarias en los que todos participan. La mesa está decorada para la fiesta, con velas y vajilla especial.

El sábado por la mañana es el momento de reunirse en la sinagoga para la lectura y comentario de las Escrituras. De Sabat en Sabat, pasaje a pasaje, cada año se lee la Torá completa.

La Tierra, los campos, todos tienen derecho a su propio Sabat:

La Tierra, déjala descansar. La trabajarás seis años y al séptimo la dejarás descansar.

Son pistas y más pistas para ayudar a poner límites a los propios intereses con la intención de vivir en justicia y armonía, con respeto hacia todo.

Otra de las indicaciones es, por ejemplo, la del diezmo. Para proveer a los desamparados (niños sin padres, viudas o cualquier persona que por el motivo que fuera careciera de medios para subsistir), todos donarían una décima parte de sus bienes para distribuirlos entre los necesitados... ¡Una décima parte! Tengamos en cuenta que no había nada equivalente a la seguridad social o a la declaración de la

renta... Estamos ante una sociedad que estaba poniendo las bases de su organización. Y uno de los pilares será evitar la indiferencia ante las injusticias y la necesidad.

Sí, pero, y la famosa Ley del Talión (*Deuteronomio* 19, 21): “vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie”..., no parece muy misericordiosa, ¿no?

Situémosla en su contexto. En un contexto de espirales de venganza al estilo de “tú me has matado uno; yo te mataré cuatro”, “me has robado una cabra; arrasaremos vuestro campamento y violaremos a las mujeres”... En un contexto como éste, decir: “por uno, uno”, equivale a proponer: “controlad vuestra ira, que el castigo no supere la ofensa y que haya juicio”. Que antes de castigar –dice el texto–, los jueces indaguen con prudencia y los acusados tengan tiempo de explicarse.

Muchas cosas han cambiado desde entonces. En el contexto del siglo XXI, ¿cómo llevar a cabo el espíritu de la ley?

Años después de Moisés, cuando ya estaban instalados en las tierras de Canaan, construyeron en Jerusalén un templo magnífico para ofrecer sacrificios a Dios y guardar el Arca, que contenía las palabras de sabiduría. Con el transcurrir del tiempo aumentaban los sacrificios y las ofrendas al Templo y a su tesoro. “Ésta es la casa de Dios –decían–. En este templo vive Dios y su sabiduría”.

¿Era esto lo que había enseñado Moisés? ¿Dónde había ido a parar todo aquello de buscar los caminos del bien y tener el corazón bien abierto? Si atendemos a la voz de los profetas parece como si, quinientos años después de Moisés, la gente y sus gobernantes, y también los sacerdotes, hubieran olvidado el sentido de todo aquello. Isaías, Daniel, Jeremías, Oseas o Jonás, todos los profetas, no dejaban de insistir en el sentido profundo del mensaje de Moisés y de corregir a los que sólo tenían en cuenta el caparazón, las apariencias. Jeremías, por ejemplo, clamaba delante del Templo de Jerusalén:

¿Cómo pueden decir: “esta es la casa de Dios”? Sólo si actuáis con justicia, si os ocupáis del huérfano y del pobre, si tratáis bien a los extranjeros, si amáis de todo corazón, sólo si así hacéis, Yo (Dios) habito entre vosotros y esta tierra donde vivís es mi casa. ¡Yo no hablé de sacrificios! Lo que dije es que estaría con vosotros si seguís mis caminos. (Jeremías 7, 4-8)

Os doy un corazón nuevo y un espíritu nuevo ¡cambiad vuestro corazón de piedra por un corazón de verdad! ¡Sólo así podréis vivir en sabiduría y verdad!
(Jeremías 36, 16)

Más claro no podía hablar. Pero es mucho más fácil llevar dinero al Templo que cambiar el corazón. De ahí que no le hicieran mucho caso. Por boca de Jeremías es como si salieran palabras de Dios; por eso a él, y a los sabios que hablaban inspirados de esa manera, se les llama “profetas”, que quiere decir ‘los que hablan en nombre de Dios’.

INTERIOR Y EXTERIOR

Una y otra vez, los textos no dejan de insistir en que las prácticas externas no tienen sentido si no es para ayudar a cultivar las actitudes interiores. ¿Cuáles son estas prácticas?

Ocho días después de nacer, los niños judíos son circuncidados. Es la *Berit Milah*. ¿Qué decía Moisés de esta costumbre?

¿Qué pide Dios? Que busquéis sus caminos para poderlos seguir. No cerréis vuestros corazones, no cerréis vuestras mentes. ¡Circuncidad vuestros corazones, cuidad de los huérfanos y de las viudas, amad a los forasteros! Dios no hace acepción de personas, ni se deja seducir por regalos; protege al pobre, hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al forastero, le da pan y vestido.

(Deuteronomio 10, 12-19)

Y seiscientos años después, Jeremías insistía en ello:

De nada sirve circuncidar la carne si el corazón se mantiene incircunciso.

(Jeremías 9, 25)

Los textos no se oponen a las prácticas rituales, pero remarcan que los gestos externos por sí solos no sirven para nada. Herirse o llevar la cabeza cubierta, si no es para el propósito de ayudar a recordar y a vivir, ¿para qué sirven?

TALIT Y KIPÁ



La Torá recoge la indicación de ponerse un chal para rezar, en señal de respeto: es el *talit*, un chal blanco con flecos, con unas franjas azules o negras con el que los hombres se cubren para la oración. Llevar un pequeño gorro, o *kipá*, es una costumbre posterior. Antiguamente, cubrirse la cabeza delante de personas importantes era una señal de respeto y, por este motivo, se extendió la práctica de llevar la cabeza cubierta con la *kipá* o con otro sombrero o pañuelo, como signo de ser consciente de vivir en presencia de Dios. (foto: un momento de la celebración del enlace matrimonial)

La tradición establece el rezo tres veces al día, cuando el Sol se pone, cuando sale y al mediodía. Además de pronunciar la *Shemá* (la profesión de fe), el sentido de los momentos de oración es muy especialmente la expresión de la alabanza hacia Aquél que todo lo creó, el agradecimiento por todo lo que existe y la renovación del compromiso de vivir con sabiduría y responsablemente. Las primeras bendiciones del día, que se pronuncian antes que ninguna otra plegaria, dicen así:

Con gran amor nos has amado, Dios nuestro, te has compadecido de nosotros. Padre nuestro y Rey nuestro, que nos amas sin límite, muéstranos tus caminos, dirige nuestros ojos hacia tus enseñanzas. En atención a nuestros padres, danos tu gracia y enséñanos.

Padre nuestro, Padre misericordioso, concédenos un corazón apto para comprender, apto para discernir, para aprender y enseñar, para llevar a cabo todas las palabras de la Torá con amor.

Bendito sea Aquel que creó la luz y las tinieblas, el que lo creó todo, también la paz. Bendito Él por la luz que engendra más luz. Que la paz sea con todos nosotros.

Tampoco tendría sentido una oración que se limitara a ser una repetición de palabras; o ayuda a cambiar los corazones o no lleva a ninguna parte. Cuentan que un día el maestro Baal Shem Tov (que vivió en el siglo XVIII en Polonia) se dirigía a la sinagoga; cuando estuvo delante de la puerta decidió que no entraba.

- Maestro, ¿no entráis? –le preguntaron.

- No puedo –respondió él-. Esta sinagoga está tan llena de palabras, desde el suelo hasta el techo, de pared a pared, palabras por todas partes, que no puedo entrar, no hay sitio.

Como sus compañeros lo miraban estupefactos sin entender lo que quería decir, añadió:

- Los labios pueden pronunciar muchas plegarias y muchos cantos. Pero sólo las palabras que nacen de un corazón que desea elevarse son capaces de volar lejos. Las otras quedan pegadas en esta casa de oración sin poder ascender.

Otro relato referido a Baal Shem Tov cuenta que el maestro Zalman comentó con sus compañeros:

- ¿Sabéis por qué el maestro iba hasta el estanque cada mañana, antes de los primeros rayos de sol?

- No, ¿por qué?

- Porque quería aprender el canto de alabanza de las ranas. ¡Y no es fácil aprender este canto!

(Narraciones hasídicas, recogidas por Martin Buber)

La lectura y la reflexión sobre las Escrituras siempre han jugado un papel muy importante en la tradición judía. Hemos visto ya que se trata de un tipo de lectura especial, que no es como quien lee simplemente una historia o busca una información. Es una lectura de otro orden. Rabí Ber lo explicaba así a sus alumnos:

Mientras pronunciáis el texto, debéis prestar atención a vuestro corazón, procurando sentir lo que las palabras dicen. Cuando notéis que os oís a vosotros mismos, que sólo oís las palabras por fuera y no desde dentro, deteneos. Descansad y disponed de nuevo la atención del corazón.

(De una narración recogida por Martin Buber)

LA SINAGOGA Y LOS ROLLOS DE LA TORÁ

El nombre hebreo es *bet ha-keneset*, “casa de reunión”. “Sinagoga” es la traducción griega; la palabra griega sinagoga quiere decir ‘reunión’. No hace falta un lugar especial para rezar o meditar; es algo que puede hacerse en cualquier lugar. Pero la Sinagoga es el espacio para hacerlo en comunidad, lugar de reunión, ámbito propio para la lectura comentada de los textos, para la celebración.



La sala está presidida por un armario cubierto por una tela elegante, como una cortina, en el que se guardan los rollos de la Torá. Los ejemplares de la Torá que se conservan en la sinagoga se copian como en los tiempos antiguos: a mano y sobre pergamino, uniendo los fragmentos en un solo rollo. Para la lectura, el rollo se extiende cuidadosamente sobre una mesa o pupitre, situada en un lugar visible para facilitar la audición. La disposición del espacio se organiza de tal forma que los fieles queden orientados en dirección a Jerusalén.



No falta en las sinagogas un candelabro de siete brazos en memoria del que, antiguamente, permanecía siempre encendido en el Templo de Jerusalén. *Menorá* es el nombre del candelabro y constituye el símbolo con el que se identifica al judaísmo.

(fotos: Sinagoga de Berlín y Menorá monumental, en Jerusalén)

¿CUÁL ES EL NOMBRE DE DIOS EN EL JUDAÍSMO?

Ante esta pregunta la mayoría probablemente respondería: “Yahvé”. Pero lo cierto es que no es exactamente así porque... “Yahvé” no es un nombre. “Yahvé” es un “no-nombre”. El pueblo de Israel se refiere a Dios con la palabra *Elohim*, “Dios”, o *Adonai*, “el Señor”.

¿Qué significa que “Yahvé” es un “no-nombre”? Pensemos primero qué es un nombre, de qué sirve. Un nombre es un conjunto de sonidos que nos permiten hablar de algo, imaginarlo, darle forma, distinguirlo de otras cosas, de otros seres. Siendo un nombre un conjunto (pequeño o grande) de sonidos que podemos pronunciar (como “pie”, “Ana” o “desenladrillador”), un “no-nombre” es lo contrario: un “no-conjunto de sonidos” o, si se prefiere, un conjunto de “no-sonidos”. En todo caso, algo impronunciable. ¿Lo aclaramos un poco más?



El no-nombre de Dios es יהוה, un grupo de letras que no tienen sonido, que no pueden pronunciarse. Son la yod (י), la he (ה), la vav (ו) y la he (ה), escritas de derecha a izquierda, como se escribe en hebreo. Cuando aparece este símbolo en las Escrituras no se “lee”, ya que no tiene sonidos; se indica la presencia del símbolo pronunciando la palabra “el Nombre” (*ha-Sem*), o sustituyéndolo por *Adonai* o *Elohim*. ¿Qué sentido tiene esto?

Nombrar una cosa es como darle una forma, unas características. Si yo digo “manzana”, enseguida pienso en una fruta redonda que puede ser de diferentes colores, más roja o más verde, pero que no puede tener piernas, ni ruedas, ni ojos, ni una chimenea...; una manzana es una manzana. El nombre nos recuerda sus características y excluye todo aquello que no lo es. Pero... ¿qué forma tiene Dios? Si recibe alguna característica, quedarían excluidas las contrarias... Si se le otorga alguna forma, deja de ser el Todo...

Pensar en Dios con un “no-nombre” es una estrategia para recordar que cualquier forma que se le quiera dar no es más que una forma imaginada por la mente humana. Y que la cuestión es investigar más allá de las imaginaciones y de las ideas que puedan construirse. Una estrategia para recordar que se trata de “buscar con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas” (*Deuteronomio 4, 29*).

En la Torá se lee que Moisés reflexionaba preocupado: “si me preguntan cuál es su nombre, ¿qué respondo?” Y el texto dice que la respuesta fue: “Yo soy el que soy. Así hablarás a los israelitas: me envía *Yo soy*” (del libro del *Éxodo 3, 14*).

Yo soy. La respuesta es realmente extraña, pero orienta respecto al porqué del “sin nombre”... “Soy”. No es esto, o aquello, o aquello otro, ni persona, ni sentimiento, ni objeto, ni fenómeno, ni, ni, ni... “Soy”, ser, existir...

Otro factor a tener en cuenta: la י (yod) es como una inspiración de aire, la ה (he) un intervalo y la ו (vav) como una espiración. Inspiración y espiración: “el Nombre” es el soplo, el aliento del universo...: ¡otra pista para investigar!

EL CALENDARIO FESTIVO

El calendario lunisolar

Quizás el calendario lunar le parecerá algo extraño a la persona que comienza el día con la salida del Sol y que desconoce la fase en la que se encuentra hoy la Luna. Y si el calendario es lunisolar..., quizás todavía más.

Desde los tiempos antiguos los pueblos semitas se han guiado por los cambios de la Luna. La Luna juega un importante entre los pueblos nómadas ya que guía sus desplazamientos. La luna y sus transformaciones pautan la vida. Los meses comienzan pues con la luna nueva; se estrena la Luna, se inicia el nuevo mes. Parece lógico. Cada mes dura las cuatro semanas que necesita la Luna para crecer y decrecer: 29 días y 12 horas. Doce ciclos lunares son un año: 354 días.

La tierra tarda 365 días en dar la vuelta al Sol. Tal movimiento marca los climas, la duración de los días y de las noches, las estaciones. Datos fundamentales para las poblaciones agrícolas, recogidos por el calendario solar. Si el calendario sólo tuviera en cuenta la Luna, el año avanzaría 11 días respecto al calendario solar, tal y como ocurre en el calendario musulmán. El pueblo judío necesitaba tener en cuenta al Sol y a la Luna. La duración de los meses, su inicio y su final los marca la Luna, pero para no distanciarse mucho del calendario solar, cada 2 o 3 años se añade un tercer mes, que así permite recuperar el ritmo del calendario solar. Después del mes de Adar (hacia marzo), aparece Adar II; son años de 384 días, de 13 meses. Con esta solución, los meses “caen” siempre en la misma estación, aunque con pequeñas oscilaciones en relación al calendario cien por cien solar. Por eso se dice que el calendario es lunisolar. El año comienza el día 1 del mes de Tisri, a mediados de septiembre del calendario solar.

La Luna también marca la manera de concebir los días, ya que la primera hora del día es cuando el Sol ya se ha puesto. Hay que tenerlo en cuenta para entender el ritmo de las celebraciones. Lo hemos visto en páginas anteriores: el Sabat comienza el viernes cuando se pone el Sol y dura hasta el día siguiente con la puesta de Sol, y esto vale para cualquier día de la semana.

Las celebraciones anuales

Veamos brevemente cuáles son las celebraciones anuales. Hay dos momentos festivos principales durante el año: en el otoño (con el inicio del año) y en la primavera. Ocho días antes del inicio del otoño, el día 1 de Tisri, se celebra el nuevo año, **Rosh ha-Shaná**, conmemorando la creación del mundo. En la sinagoga sonará el *shofar*, un cuerno hueco, anunciando el nuevo año. Se estrena el nuevo año con ocho días de recogimiento que culminan en el día de ayuno y perdón, **Yom Kippur** (el Día del Perdón). Es una manera de hacer patente que se quiere iniciar un nuevo año purificados, con el deseo de que sea un verdadero año nuevo.

Una semana después, la Fiesta de las Cabañas, llamada **Sukkot**, recuerda los años en que los antepasados vivieron en el desierto con escasez y penurias. Para tenerlo presente, se construye una cabaña en el jardín, en el balcón o en el terrado, procurando que quede espacio para poder ver el cielo estrellado. Durante ocho días, la cabaña es centro de atención y los pequeños, principalmente, pasan ratos en ella.

El último día de Sukkot es el día de la Alegría de la Torá, **Simhat Torá**. De Sabat en Sabat, durante todo el año, la Torá se ha leído capítulo a capítulo. En Simhat Torá la lectura llega a su fin, y se celebra la Torá, la sabiduría, paseando los rollos en una procesión festiva.

En diciembre, cuando los días son más cortos, se celebra la Fiesta de las Luces, **Hanuká**. Para esta ocasión se emplea el *hanukiya*, un candelabro de ocho brazos (nueve, si contamos el de la vela auxiliar que permite encender las demás). Durante una semana, cada día se enciende una vela más, hasta tener encendido todo el candelabro. Cada día, después de encenderlo, se coloca cerca de una ventana, como símbolo del deseo de que la luz se expanda. Durante Hanuká se recuerda la recuperación del Templo de Jerusalén de manos de los griegos.

Tu bi-Svat celebra el año nuevo de los árboles; tiene lugar a finales de enero o principios de febrero (el 15 de *Shevat*). En este tiempo, despuntan ya los nuevos brotes en los árboles, otros empiezan a florecer. Tu bi-Svat es como celebrar el aniversario de la vegetación y se hace plantando árboles en los bosques y los parques. A continuación ya se entra de lleno en las fiestas de primavera: **Purim, Pessah y Shavuot**.

Purim es un carnaval de disfraces e intercambio de dulces en el que la representación del relato de Ester ocupa un lugar especial, pues se conmemora la liberación de la dominación persa.

Pessah es la Fiesta de la Libertad, también conocida con el nombre de Pascua, que tiene lugar entre marzo y abril (del 15 al 22 de Nissan). En Pessah se recuerda la esclavitud en Egipto pero, muy especialmente, la liberación. Durante la cena de este día, llamada *Séder*, cada alimento tiene un significado especial, símbolo de algún acontecimiento de aquellos tiempos. Unos días más tarde se celebra **Yom ha-Shoá**, en memoria de la Shoá, el exterminio llevado a cabo en la Segunda Guerra Mundial y sus víctimas.

Siete semanas después de Pessah llega la celebración de Shavuot, que recuerda la recepción de la ley en el Sinaí. Se acostumbra a pasar la noche leyendo y estudiando la Torá.

El listado no es exhaustivo, pero recoge las principales celebraciones el año.